

TIRANDO
A DARANA MARÍA
TOMÁS

Despertares

El despertar es como el ombligo, cada uno tiene el suyo. Aun así, hay que ver lo bonicos que hemos quedado los murcianos con los nuestros. Al parecer, según una encuesta –sí, sí, ya sabemos todos lo que pensamos de las encuestas, pero ahí están– los murcianos somos los españoles con peor humor para recibir el día. Qué pena ¿no?

Fíjense, con lo hermosa que es la vida, hermosa, sí, con todo lo bueno y lo que consideramos malo (y digo consideramos porque, a veces, de las nubes más negras brota el agua más cristalina), con los avatares, los “estreses”, las hipotecas, las guerras, el hambre... y todas las cosas que cualquiera de ustedes pueda ponerme como objeción a ser capaz de percibir los regalos que cada día nos trae como presente, incluido el presente en sí. Siempre me ha llamado la atención que los países más paupérrimos tengan los niños con la más franca sonrisa.

Sin embargo, no parece que seamos los murcianos muy proclives a considerar la belleza de un amanecer que queda, casi siempre, eclipsado por el turbio sonido del despertador y claro, según se despierta uno suele tener el día. Eso es, al menos, lo que dicen ciertas filosofías orientales con las que estoy totalmente de acuerdo. He experimentado que cuando me levanto renegando, el día entero reniega de mí, pero cuando me levanto dando gracias por seguir viva, por poder moverme, comer, oler, reír, trabajar, tocar, disfrutar... vamos, cuando me levanto con un sentimiento de acogida y bendición, las lanzas se me vuelven no ya cañas, sino mullidos plumones.

Todo es cuestión de enfoque, ya lo dice nuestro sabio, y estúpido a la vez, refranero que nos recuerda que la mirada depende del cristal que colocamos sobre nuestras narices.

Claro, que, con cristales incluidos, también influye lo que tengamos a mano para ver, porque, dense cuenta de otro dato curioso: mientras que la mitad de nuestros chicos prefieren sexo nada más despertarse... señal de que tienen a su vera, verita, vera, un “peaso” de mujer que le despierta sus apetitos sexuales; la mujer prefiere calmar otro apetito, vamos, que prefiere un donuts y un café con leche al maromo que le ronca, bueno, que le respira fuerte. Por algo será. Otra cosa sería que el susodicho le trajera el café en una mano, un zumo en la otra y media docena de donuts en... Denle a la imaginación. Seguro que pasaban del desayuno.

Mas datos... interesantes: el hombre suele levantarse nada más sonar el despertador. A ver, no hay sexo pues a trabajar. Las mujeres, sin embargo, nos gusta remolonear un poco en la cama, a fin de cuentas, sabemos que el día a día de una mujer incluye grandes dosis de intensa actividad sexual: trabajo dentro y fuera de casa, obligaciones con los niños, los padres, los jefes, las compras, la comida... Y anda que no jode eso.

Pero, bueno, no todo son desavenencias, el estudio dice que nos ponemos de acuerdo hombres y mujeres de dentro y de fuera de Murcia en una cosa: no nos gustan los ruidos, no soportamos los ruidos recién levantados, ni tampoco para despertarnos. Dice que preferimos las caricias y los besos ¡Menudo descubrimiento! Pues claro que preferimos los besos, ya lo dice El canto del loco: «Todas la mañanas me despierten besos, sea por la tarde y siga habiendo besos, luego por la noche que me den más besos pa cenar...» Pues eso. Yo también me lo pido.

anamto@yahoo.es

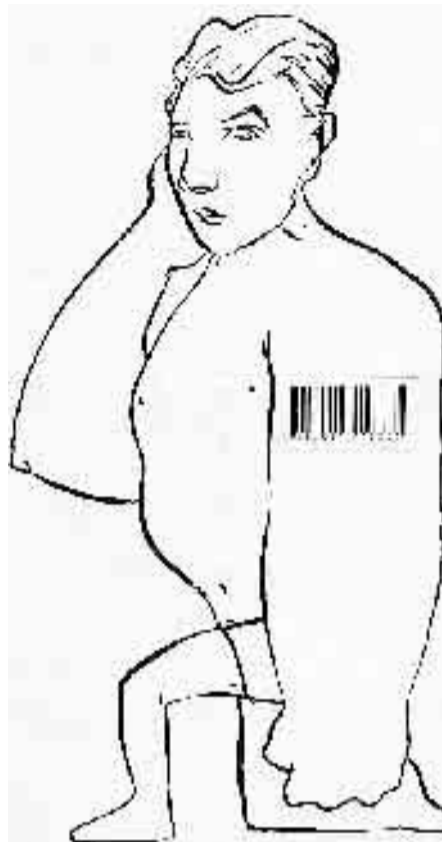
LAS HOJAS VIVAS

Tatuajes

Mira mi brazo tatuado / con este nombre de mujer / es el recuerdo del pasado / que nunca más ha de volver. Con su musical voz de valenciana triunfante **Concha Piquer** desgranaba los versos de **Rafael de León** en una canción cuyo protagonista imaginario era hermoso y rubio como la cerveza y llevaba el pecho tatuado con un corazón. Romántica historia hecha cuplé con finura y que el viento de los años se llevó de la boca de más de una española. Aquel tatuaje se borró de un argumento tabernario de marineros rubios y mujeres ardientes, pero quedó, como permanente llamada de atención, en la realidad de nuestro tiempo.

Hoy, en esta sociedad proclive a la consecución fácil y rápida de los bienes y placeres materiales, el tatuaje se ha convertido, especialmente entre muchísimos jóvenes, en marca indeleble y en algunos casos desmesurada. El verano, que deja al descubierto carencias y exageraciones corporales, ha ofrecido esta vez el espectáculo de la etiqueta epidérmica hecha con mayor o menor arte y mayor o menor gusto. Por esas playas se han paseado mozas (y mozos) luciendo, desde la piel bronceada, incalculables dibujos y grabados que convierten en simple aficionado al rubio marinero del cuplé de la Piquer. Es la moda, dicen. Una moda que, curiosamente, surgió cuando el ser humano comenzó a caminar erguido, poco más o menos, ya que en las sociedades primitivas el arte corporal, en el que se incluyen los tatuajes, servía como base para reconocerse mutuamente. La explicación gráfica, a pecho descubierto, de la condición social o religiosa; o sencillamente el adorno. A fin de cuentas, el cuerpo de la persona como pizarra o lienzo para garabatear «aquí estoy yo».

El cine, fuente inagotable de historias (algunas para no dormir) nos ha mostrado a infinidad de personajes tatuados a lo largo y a lo ancho. Indios pieles rojas (comanches, sioux, kiowas, cherokees, etc. etc.) con sus pinturas de guerra bien trazadas dispuestos a entrar en acción. De la misma forma en la pantalla hemos visto al rey de los tatuajes con todo el cuerpo transformado en mapa, **Queequeg**, el salvaje compañero de **Ismael** en la película **Moby Dick**, de **John Huston**. Claro que hay otras historias cinematográficas con este asunto, como **Tatuaje**, del catalán **Bigas Luna**, sobre una novela de **Vázquez Montalbán**; **Tatuajes indiscretos**, del inglés **Cliff Owen**, que relata la aventura de un estafador (todo un artista) que practicaba tatuajes en el trasero de sus bellas amantes. Ese cine más reciente que se balancea entre el horror y la violencia, desde **Wes Craven** a **Robert Rodríguez**, nos ha

DIEGO PEDRO
LÓPEZ ACOSTA

JOSÉ IBARROLA

dejado algunos rostros tatuados que han pasado a formar parte del mundo de los sueños o, más bien, de las pesadillas.

Hombres y mujeres se hacen tatuar en cara, brazos, hombros, piernas o donde mejor les caiga o apetezca, nombres, fechas, símbolos o figuras diversas; hay quien se tatúa en un hombro una flor o una mariposa y quien se hace grabar una calavera o la Esvástica nazi, que de todo hay. La cuestión es sorprender (si existe alguien que se sorprenda a estas alturas) y satisfacer el orgullo personal. Jóvenes y menos jóvenes con la piel tatuada encontramos a cada paso y lo admitimos como la cosa más normal, pues es la moda. Lo que ocurre, como en todo, los excesos no favorecen y en este tema se cometen demasiados. Si al tatuaje le sumamos el piercing, o sea la perforación, en oreja, nariz, ceja o labios, con la correspondiente anilla o grano, para qué decir. El piercing, de tan remoto origen como el tatuaje, viene a ser como la coronación del abigarramiento decorativo del rostro humano.

Siempre hay quien se sale del tiesto, por lo que no es difícil encontrar a algún *salido*. Es el caso de cierto individuo que le sugirió a una muchacha que trabajaba en un local de tatuajes que se grabara uno debajo del ombligo, con una flecha indicativa hacia abajo con la siguiente leyenda: «To pa ti». Parece ser que la sugerencia no prosperó.

RAFAEL
RUBIO

Gastos sociales o menos impuestos

La creciente mejora de la actividad económica en España ha permitido a los últimos gobiernos concluir los ejercicios con superávit fiscal. Cuanto más crece la actividad hay más recaudación por IVA y mayores beneficios e ingresos por el Impuesto sobre Sociedades y por el Impuesto sobre la Renta (IRPF). Gracias a esta situación, el Partido Popular pudo bajar el IRPF. Una iniciativa de este tipo, siempre bien acogida, sólo tiene el riesgo de que obligaría a reducir determinados servicios públicos en cuanto los ingresos fiscales no se mantuvieran. Porque lo que nunca hará un Gobierno, especialmente en una misma legislatura, será dar marcha atrás, volver a subir los impuestos en este caso, si el escenario económico se complica y disminuyen los ingresos fiscales.

El actual gobierno socialista trata ahora de utilizar ese superávit para incrementar las prestaciones sociales. En este caso el riesgo que se corre, si cambia el escenario económico, es que haya que aumentar los impuestos para hacer frente a los compromisos asumidos porque será difícil, casi imposible, volver a reducir las prestaciones al cabo de un par de ejercicios.

La reflexión sobre la bondad de bajar los impuestos o incrementar los gastos públicos ha de hacerse tomando en consideración las consecuencias que tales medidas pueden tener en un escenario económico distinto al actual. La globalización de la economía, el hecho reciente de que los problemas hipotecarios en Estados Unidos tengan tan rápida y profunda repercusión en los mercados financieros y las economías europeas, ponen de manifiesto de forma clara la imposibilidad de los gobiernos de tener bajo su control la evolución de la economía.

Por lo tanto, en la oferta del Partido Popular había que contemplar no sólo la bondad de una bajada de impuestos, sino la posibilidad de ponernos en el escenario de que se reduzcan los servicios públicos. De la misma forma, ahora no sólo hay que considerar la posibilidad de que se incrementen las prestaciones sociales sino la eventualidad de que haya que subir posteriormente los impuestos. Porque la experiencia nos dice que, a medio y largo plazo, una bajada de impuestos suele ir acompañada de una reducción de los servicios y las prestaciones sociales y a un aumento del gasto social le sigue un incremento de los impuestos.

En el caso que ahora nos ocupa, la posibilidad de un posterior aumento de impuestos por los nuevos gastos sociales que se están comprometiendo, el Gobierno lo tiene fácil y, muy probablemente, previsto. Los tipos del IVA que se aplican en España son de los más bajos de Europa y sería comprensible un incremento con el consiguiente aumento de los ingresos. Claro que, puestos a armonizar debería también hacer desaparecer, de una vez, el Impuesto sobre el Patrimonio.

XIM

